

Y un infanzón generoso
á par de la bella núbil
conceda á tu amor paterno
que herede tu nombre ilustre:

Que cuando algún extranjero
al león de España insulte,
así á vengar sus baldones
el invicto acero empuñe,

Como en la paz duradera
cuando las ciencias escude,
de sus mayores ostente
fiel las ínclitas virtudes.

Ni para tí la Fortuna
su curso próspero mude,
ni jamás el infortunio
con sus cadenas te abrume;

Y ni el artesón dorado
el sacro coro rehuse
cuando con divinos sonos
la lira inspirada pulses;

Si en la deseada aurora
con tierno afán, noble Duque,
al placer de ser esposos
el de ser tus hijos unes.

Agosto 1829

AL EXMO. SR. D. MANUEL VARELA

I.º DE ENERO DE 1830

Implore tu ardiente lumbre
el Genio, Musa, en buen hora,
que al son del bronce tronante
alza el grito de victoria.

El que es á cantar osado
entre los rayos de Arcola,
de Austerlitz entre los truenos
al vencedor de la Europa.

Y en dulce emoción ardiendo
de gratitud la alma ansiosa,
mi blanda lira en suaves
acentos el viento rompa.

Si falta el estro radiante
que al Genio sublime endiosa,
para enardecer mi pecho
fuego á la virtud le sobra.

O tú, Varela, que enjugas
del triste la faz llorosa,
tú que el raudal atajaste
á la pública congoja,

Acepta en humildes tonos
mi dulce ofrenda obsequiosa,
que mi corazón sincero
de agradecido blasona.

Si canté bajo tu amparo
la alta ruina asoladora,
y sobre el triste colono
la torre que se desploma:

Sobre el montón de ruinas
para el bien más poderosa
tu mano que la del genio
maléfico asoladora,

Del alto templo que airado
el ronco huracán destroza
lanzas de nuevo á las nubes
la cúpula esplendorosa.

Y cuando la erguida cresta
de nuevo enhiesta orgullosa,
tu alto nombre murmurando
al Olimpo se alza y toca.

Blandas márgenes del Miño
que visteis brillar la aurora,
que á las ninfas de Hipocrene
será de eternal memoria,

Las que en su cuna ceñisteis
las guirnaldas olorosas
del nuevo blasón de España
á la frente brilladora;

La verdad, las simples gracias
de vuestras gayas pastoras,
sus dulcísimos acentos
prestad á mi voz sonora.

Suele así brillar más pura
en verjel fragante rosa
cuando de aurora apacible
sus suaves matices toma.

Que cuando el can ardoroso
con vivos rayos la dora
también con mentido halago
la marchita y la deshoja.

Sin tí, Varela, las musas
de la Hesperia congojosas
vieran hollar la ignorancia
los laureles de Rioja,

Y fugitivas de un suelo
que la ignorancia baldona
juguete al rencor contrario
aun gimieran silenciosas.

Mas ¿qué sirve—el rubio Apolo
gritó entonces—que recojan
con osada frente lauros
tantas liras españolas,

Si su canto no escuchado
en el silencio se ahoga
cual suele del bronce herido
morir vibración sonora?

Que nunca Marón pudiera
cantar la empresa piadosa
si para templar su lira
no le diera Augustos Roma.

Y sin Mecenas Horacio
para el ardor de la oda,
¿cómo á Píndaro robara
la inspiración creadora?

Que mal del sol sin los rayos
en los doseles de Flora
el matizado capullo
sabe desplegar su pompa.

Otro Mecenas ostente
nueva Mantua vencedora,
digno de sus blandos cisnes,
digno de la antigua Ausonia.

Y la lira que sublime
habló en Guzmán vigorosa
con nuevas glorias mayores
las glorias pasadas borra.

¿Será, Musas, que en mi pecho
vuestro ardiente fuego corra
y que á los futuros siglos
llegue mi voz victoriosa?

Cuando el amparo me disteis
que guardáis para vosotras,
¿fué para dejar oscura
mi lira vilmente rota?

No, que si al Prelado ilustre
mi acento eleváis ahora
que supo al excelso trono
alzar la voz generosa

Para entregar á la Fama
en las hojas de la Historia
las ambicionadas palmas
que Inarco en el Pindo logra,

Y hollando del fanatismo
la cabeza tenebrosa,
con señales indelebles
grabar su eterna derrota,

También cuando ardí por Silvia
en dulce hoguera amorosa,
un infanzón, de Himeneo
ardió para mí la antorcha,

Que hijo digno de las Musas
honró la desierta losa,
orilla al Herault, del padre
de la alma lira española

Y por él rindió la España
justo homenaje á su gloria;
por él asombró á las gentes
que sus cenizas le roban.

Recibid, genios sublimes,
las eternas coronas,
que á vuestras frentes destinan
sus agradecidas sombras.

Cuando en los futuros siglos
Meléndez, Inarco se oigan,
con ellos, Varela, Frías,
partiréis también sus glorias.

Y será, sabio Prelado,
que siempre ya mi voz ronca
con tristes sollozos tierna
fatigue las duras rocas.

Si á tantos hacen felices
por tu mano bienhechora
tantos soles, para un triste
¿nunca lucirá una aurora?

Sé puerto amigable mío
cuando la mar borrascosa
amaga ya mi barquilla
débil tragar en las hondas.

Si, á las dulces resonancias
tú de mi lira humildosa
acogida blanda diste
á mi combatida prora;

Como el faro luminoso
que en la distancia remota
astro de vida aparece
al que en las tinieblas boga

No más con furor sañudo
cebe la desgracia loca
en mi pecho palpitante
su garra devoradora.

¿Qué? Cuando á mi patria entera
un astro su luz hermosa
por sus términos distantes
difunde consoladora;

Cuando al asomar Cristina
huyen las espesas sombras
de la noche, y á la España
días de ventura tornan;

¿Será que anegada en llanto
que los tristes ojos brotan
mi alma en el público gozo
gima triste y gima sola?

No, Varela, que tu pecho
el santo fuego atesora,
para bien del desgraciado,
de la virtud bienhechora.

Cuando la fama propicia
lleve desde el Tajo al Volga,
las preces que por tí al cielo
envíe el alma gozosa;

Con letras de vivo fuego
en mi pecho, á tu memoria,
grabará tu nombre illustre
la gratitud ardorosa.

A UNA HERMOSA

QUE DIÓ EN HACER BUENOS VERSOS

¿No te bastan los rayos de tus ojos,
de tu mejilla la purpúrea rosa,
la planta breve, la cintura airosa,
ni el suave encanto de tus labios rojos?
¿Ni el seno que á Ciprina diera enojos,
ni esa tu esquiva condición de esposa,
que también nuestras armas, Nise hermosa,
coges para rendir nuevos despojos?
¿A celebrar de tantos amadores
ingrata el fin te previenes
que á manos morirán de tus rigores?
Ya que en tus redes nuestras almas tienes,
la lira déjanos, ya que no amores,
para cantar al menos tus desdenes.

CON MOTIVO DE HALLARSE EN CINTA

nuestra muy amada Reina

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON

OCTAVA

Bastante tiempo, oh Rey, la refulgente
Antorcha de Himeneo ardiste en vano,
Y un sucesor al Trono inútilmente
Esperó de tres Reinas el Hispano.
Sí: salud á Cristina que esplendente
Vino á partir tu sòlio soberano;
Que ella es, Fernando, la que al Trono Ibero
Dos veces le asegura un heredero.

AL DÍA 1.º DE MAYO

¿Tornas, infausto día,
trayéndole á mi mente
fortunas olvidadas
de tiempos más alegres?
¿Acaso deslumbrarme
ora también pretendes
con esperanzas locas
perdidas tantas veces?
Hoy fué que de ilusiones
un tiempo yo juguete

pensé que ya tocaba
mil anhelados bienes.
Mas tú corriste luego,
y aquella ingrata aleve,
cruda, en tan largas penas
trocó dichas tan breves.
¿Acaso á recordarme,
risueño, me amaneces,
que en pos de nuevas burlas
luego á sus plantas vuela?
Ora tal vez brillando
cual rosa entre claveles
á mil adoradores
la faz graciosa vuelve.
Díla que entre esa turba,
que hoy á sus pies advierte,
quien como yo la adore
no es fácil que lo encuentre;
que si otros más la dicen
ninguno tanto siente
como éste que callando
ni verla ya pretende;
como el que por tributo,
único reverente,
á sus divinas plantas
sus lágrimas le ofrece.
No pases sin decirle
esto á mi bien, no piense
que el más rendido amante
nunca olvidarla puede,
por más que en honra mía
el circo aquí resuene.
¿Qué á mí, que aplaudan todos
como ella me desprecie?
¿Qué valen para un pecho,
que eterno amor somete,
qué valen, conseguidos,
los lauros florecientes?
Al que le abrasa el fuego
que el ciego dios enciende,
los lauros envidiados
son galardón estéril,
si su gentil belleza
el mísero no tiene
á quien ornar con ellos
la majestuosa frente.
Yo, más que no el ruido
de palmas mil batientes,
preciara el de sus besos,
emblemas del deleite.
¿Y esa mentida gloria,
cuál rico don me ofrece,
si á enardecer no basta
un corazón de nieve?

Cuando mi humilde numen
honra el estruendo alegre,
yo solo de mi hermosa,
yo lloro los desdenes.
¡Oh! callen los aplausos
mientras su amor me niegue,
que amante despreciado
de ella, no los merece.

Díla que ya estos lauros
arranque de mis sienas;
yo todos se los trueco
por solo un beso ardiente;
que me corone un día
de amor y de placeres;
y coja quien los quiera
los fútiles laureles.

FIN DE LA OBRA